



Mariano José de Larra

**Teresa Drama en cinco actos,
de M. Alejandro Dumas**

Entre los escritores dramáticos modernos que ilustran la Francia, Dumas es, si no el primero, el más conocedor del teatro y de sus efectos, incluso el mismo Víctor Hugo.

Nos permitirá un periódico de esta corte que no dejemos pasar una proposición poco meditada que en él hemos visto; nos permitirá que la creamos hija de la precipitación con que se trabajan los escritos destinados a los periódicos.

El drama moderno, ha dicho el autor de un juicio crítico de Teresa, el de Dumas, Hugo, Ducange y aun de Casimiro Delavigne, es el corazón humano, etcétera, etcétera. Forzoso es confesar que es disonante la reunión de los nombres de Dumas, Hugo, Ducange y Casimiro Delavigne en una misma línea.

El que esos renglones escribió manifiesta en el resto de su artículo demasiado talento y suficientes conocimientos para que se pueda creer que ignora la distancia que separa a aquellos escritores. No insistiremos por lo tanto en una acusación de esta especie; sólo enunciaremos algunas ideas generales que nos parecen indispensables en este artículo. Víctor Hugo, más osado, más colosal que Dumas, impone a sus dramas el sello del genio innovador y de una imaginación ardiente, a veces extraviada por la grandiosidad de su concepción.

Dumas tiene menos imaginación, en nuestro entender, pero más corazón; y

cuando Víctor Hugo asombra, él conmueve; menos brillantez por tanto, y estilo menos poético y florido; pero en cambio menos redundancia, menos episodios, menos extravagancia; las pasiones hondamente desentrañadas, magistralmente conocidas, y hábilmente manejadas, forman siempre la armazón de sus dramas; más conocedor del corazón humano que poeta, tiene situaciones más dramáticas, porque son generalmente más justificadas, más motivadas, más naturales, menos ahogadas por el pampanoso lujo del estilo. En una palabra, hay más verdad y más pasión en Dumas, más drama. Más novedad y más imaginación en Víctor Hugo, más poesía. Víctor Hugo explota casi siempre una situación verosímil o posible; Dumas una pasión verdadera.

Casimiro Delavigne no puede ponerse en parangón con los dos anteriores, porque éstos al fin pueden presentarse como cabezas de un partido y sostén de la innovación; enlazados por afecto y principios con la revolución de las ideas y nuevo gusto del siglo, sus escritos tienden a un fin moral, por más que echen mano de recursos no siempre morales; pero a un fin moral osado, nuevo, desorganizador de lo pasado, si se quiere, y fundador del porvenir; destructor de preocupaciones y trabas políticas, religiosas y sociales. Pero Casimiro Delavigne no es más que un sectario, un discípulo de las antiguas creencias literarias, y lo más que se le concederá es haber cedido algunas veces al torrente de la innovación: una prueba de esta verdad es su drama de Los hijos de Eduardo, y aún más su última producción, Don Juan de Austria. Queriendo escribir en la primera una tragedia clásica, ha echado mano de resortes dramáticos acaso demasiado atrevidos para los aristotélicos puros; y en la segunda no ha hecho sino una comedia heroica, en gran manera parecida a las de nuestro teatro antiguo, como El Ricohombre y el García del Castañar, mas sin haber podido igualarlas en mérito. Pero Casimiro Delavigne nunca podrá citarse como fundador. Molierista puro en La escuela de los viejos y en sus Cómicos, y volteriano en sus tragedias de Paria y Las vísperas sicilianas, es comedido en sus resortes dramáticos, parco y hasta parsimonioso; poco original, poco nuevo; templada su imaginación por la influencia de las reglas y su amor al orden, no es brillante ni arrebatado; en cambio es puro, correcto y moral, como sus antecesores, cuanto el teatro permite serlo. Es un río manso y sereno, puro y cristalino, que corriendo por un antiguo cauce beneficia el terreno a fuerza de regarle; Víctor Hugo y Dumas pudieran compararse mejor con el torrente que suele destruir al paso que riega o con la inundación periódica del Nilo que fecunda el Egipto, anegándole y trastornando su superficie; y como de esas veces no son sino la catarata del Niágara, que sólo sirve de mostrar en toda su pompa el poder de la naturaleza y de asombrar y atronar al curioso viajero. En cuanto a Ducange, por mucho mérito que se le quiera suponer, concediéndole el de conocer el teatro y el corazón humano, colocarle al lado de Víctor Hugo es poner al lado de Calderón a don Ramón de la Cruz. Víctor Ducange es un dramaturgo de boulevard; pero no es un escritor de primer orden, ni por la esencia de sus obras, ni por su estilo. Víctor Ducange es a Víctor Hugo lo que un pintor de alcobas y de coches a Salvator Rosa y a Rivera. Su pluma no es pincel, es brocha. Su color es almazarrón. No es el poeta del siglo, es el abastecedor de las provisiones dramáticas del populacho.

En una palabra, Víctor Hugo, Dumas, Casimiro Delavigne y Ducange sólo se parecen en ser franceses. Cualquiera nos confesará que es la más pequeña semejanza que puede existir entre cuatro hombres, y que no son esos títulos suficientes a la comparación.

Pasando ahora a la Teresa, el autor se ha propuesto desenvolver una verdad moral; ha querido probar, como Delavigne en su Escuela de los viejos, las funestas consecuencias de la desigualdad de la edad en los consortes. Un barón francés, en la edad ya de la madurez y de la ausencia de las pasiones, casa con una joven italiana en quien no es menor la influencia del clima que la de los pocos años; enamorada además de un joven llamado Arturo, cuya pobreza fue un obstáculo a la boda de entrambos, pero que por las vicisitudes de la vida trata de casarse con una hija del barón, en sazón que éste presenta en su casa a su esposa. Teresa y Arturo conocen su posición crítica, y para evitar los riesgos de ella atropellan y concluyen la boda de Arturo con la joven Amelia; pero ni esta precaución, ni los proyectos de viaje y de separación, bastan a apagar el volcán que arde en los pechos de Arturo y de Teresa. Cuando la pasión habla, enmudecen los deberes. La situación dramática del barón, que descubre por fin el amor criminal de su mujer y su yerno, es excelente y brillantemente desenvuelta.

El carácter de la joven Amelia, cuya imprudencia descubre inocentemente al barón su desgracia, es todo candor y sencillez, y solo así puede ser verosímil su indiscreción. La situación más dramática y de más efecto del drama es la del barón cuando consiente en renunciar al duelo con su yerno, y darle una pública satisfacción escrita, ahogando su rencor y sacrificándolo al porvenir de su hija, cuya felicidad pende de Arturo. El carácter del barón es por lo tanto el único que ofrecía dificultad, porque en él hay una verdadera lucha. El de Teresa y los demás del drama no necesitaban más que ser consecuentes consigo mismos, lo que en el teatro equivale a insistir en la pasión. Pablo, gondolero de Nápoles, que enamorado de Teresa entró en su servicio, y que la sigue a todas partes en calidad de criado particular, pero sin esperanzas, sin premio, y condenado a ser testigo del amor que su ídolo tiene a Arturo; Pablo, satélite obligado de Teresa, amante a sabiendas de ésta; Pablo, que se mata después de haber proporcionado a su ama un veneno que ella necesita, y que parece ser la personificación de la luz que concluye cuando el sol desaparece; Pablo, consecuencia más que persona, es un carácter un poco fantástico, y que el autor no ha admitido probablemente sino como recurso dramático. Añadiremos antes de concluir que Teresa no es ni con mucho la mejor obra de Dumas; que las costumbres francesas son distintas de las nuestras; que en Teresa la acción, algún tanto distraída por los caracteres episódicos de un amigo del barón y de una amiga de Amelia, poco enlazados con el argumento, y por el amor de Pablo, marcha lentamente; y que hallándose desleída la pasión en largos diálogos, que exigen de parte de los actores mucha maestría, no es extraño que no haya hecho en Madrid todo el efecto que hubiera sido de esperar.

El Español, n.º 97, 5 de febrero de 1836. Firmado: Fígaro.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

